

DIRECTOR
Jean Meyer



JEFE DE REDACCIÓN
José Manuel Prieto



CONSEJO DE REDACCIÓN
José Antonio Aguilar
Óscar Mazín
Luis Medina
Rafael Rojas
Mauricio Tenorio
Jesús Velasco



COMITÉ EDITORIAL
Yuri Afanasiev
*Universidad de Humanidades,
Moscú*
Carlos Altamirano
*Editor de la revista Prisma
(Argentina)*
Adolfo Castañón
Fondo de Cultura Económica
Pierre Chaunu
Institut de France
Jorge Domínguez
Universidad de Harvard
Enrique Florescano
CONACULTA
Josep Fontana
Universidad de Barcelona
Manuel Moreno
Fraginals
Universidad de La Habana

Luis González
El Colegio de Michoacán
Charles Hale
Universidad de Iowa
Matsuo Kazuyuki
Universidad de Sofía, Tokio
Alan Knight
Universidad de Oxford
Seymour Lipset
Universidad George Mason
Olivier Mongin
Editor de Esprit, París
Stuart Schwartz
Universidad de Yale
Rafael Segovia
El Colegio de México
David Thelen
Journal of American History
John Womack Jr.
Universidad de Harvard

ISTOR es una publicación trimestral de la División de Historia del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE).

El objetivo de *ISTOR* es ofrecer un acercamiento original a los acontecimientos y a los grandes debates de la historia y la actualidad internacional.

Las opiniones expresadas en esta revista son responsabilidad de sus autores. La reproducción de los trabajos necesita previa autorización.

Los manuscritos deben enviarse a la División de Historia del CIDE. Su presentación debe seguir los atributos que pueden observarse en este número.

Todos los artículos son dictaminados.

Dirija su correspondencia electrónica a: istor@cide.edu

Centro de Investigación y Docencia Económicas, A.C., Carretera México-Toluca 3655 (km 16.5), Lomas de Santa Fe, 01210, México, D.F.
Certificado de licitud de título: en trámite.
Reserva del título otorgado por Indautor: 04-2000-071211550100-102
Certificado de licitud de contenido: en trámite.
Diseño:
Natalia Rojas Nieto

Asistente de redacción:
María Fernanda Vázquez Vela
Impresión:
Impresión y Diseño
Suscripciones y ventas:
CIDE
Coordinación de Distribución de Publicaciones
Tel. 57 27 98 00, exts. 2417, 2612
Fax 57 27 98 85
e-mail suscripciones: revistas@cide.edu
e-mail redacción: jose.prieto@cide.edu
www.cide.edu



PORTADA: FOTOGRAFÍA DE SERGIO SALINAS TOMADA DE "SIYAVUSH EN EL TRONO CON SU ESPOSA", EN JAY A. LEVENSON (ED.), *CIRCA 1492: ART IN THE AGE OF EXPLORATION*, 1991, p. 493.

istor, palabra del griego antiguo y más exactamente del jónico. Nombre de agente, **istor**, “el que sabe”, el experto, el testigo, de donde proviene el verbo “istoreo”, “tratar de saber, informarse”, y la palabra “istoria”, búsqueda, averiguación, “historia”. Así, nos colocamos bajo la invocación del primer **istor**: Heródoto de Halicarnaso.

PRESENTACIÓN

dossier

- 10..... **La democracia como valor universal**
Amartya Sen
- 29..... **El pueblo indio: demócrata
por naturaleza**
Dawa Norbu
- 38..... **Historias rivales en la cultura
de la política india. Las tradiciones
y el futuro de la democracia**
Ashis Nandy
- 62..... **¿Hacia un cambio político en el Magreb?**
Rémy Leveau

notas y diálogos

- 71..... **Las religiones seculares.
El caso del comunismo**
Antonio Elorza
- 87..... **Derechos humanos,
¿universales u occidentales?**
Farid Kahhat

textos recobrados

- 103... **Ibn Jaldún y su visión de la historia.
Al-Mugaddimah.
Introducción a la historia universal**

ventana al mundo

- 119... **¿Mercoescepticismo?
Sergio Berensztein**
- 124... **Carta desde Berlín
Mauricio Tenorio Trillo**

reseñas

- 129... **El Estado musulmán
Jean Meyer**
- 132... **¿Para qué queremos videntes
si sobran los televidentes?
Adolfo Castañón**
- 139... **El misterio de la vigencia
Rafael Rojas**

coincidencias y divergencias

- 143... **“Par principe d’humanite...”
A. Mayer y P. Guenifley**

cajón de sastre...151

Fe de erratas

En el número anterior se omitió en Textos Recobrados (pág. 89), hacer referencia a una de las fuentes bibliográficas de donde se tomaron los extractos del general De Gaulle. A partir del subtítulo “El jefe de Estado” la referencia es De Gaulle, Charles, Mémoires d’Espoir-Le Renouveau, 1958-1962, París, Plon, 1970, pp. 283-293.

Democracias no occidentales

Varun Sahni

¿Es la democracia inherente a un tipo específico de cultura? ¿Pueden las culturas no occidentales nutrir la democracia? ¿Existe un gen de la democracia, como pregunta provocativamente Richard Schifter?¹ Los artículos de este número de *istor* demuestran que pocas interrogantes de las ciencias sociales pueden estimular tanto intelectualmente o logran ser tan pertinentes en lo que a política se refiere. A medida que la democracia se extiende por el planeta, parecen surgir tres respuestas a las cuestiones antes planteadas. Algunos arguyen que la democracia es universal en lo concerniente a su atractivo, pretensiones y aplicabilidad, por lo que no se le debería hacer rehén de una especificidad cultural. Otros sugieren que, aunque la democracia depende de la cultura, *todas* las culturas contienen elementos que son hospitalarios o no para ella; por ende, la democracia puede haberse originado *en* Occidente, pero no pertenece *a* Occidente; en otras palabras, la procedencia no significa propiedad. Finalmente, algunos otros estudiosos de la cultura y la política afirman que la democracia es de Occidente, por Occidente y para Occidente. Hacen notar que ciertas culturas no occidentales –el islam y el confucianismo son las más mencionadas– se oponen a la democracia no sólo en cuanto ideología sino también en cuanto medio. Alertan con temor infundado que la democracia es un caballo de Troya con el que se busca la hegemonía cultural, económica y política de Occidente; es decir, para preservar la autenticidad cultural e impedir el desplazamiento generalizado de las culturas nativas, es necesario mantener a raya el impulso homogeneizador de la democracia. En este

Traducción del inglés: Mario A. Zamudio Vega.

¹ Schifter, Richard, "Is there a Democracy Gene?", *The Washington Quarterly*, 17/3, pp. 121-127.

ensayo introductorio establecemos una relación entre los incisivos y estimulantes artículos incluidos en este número de *istor* y algunos de los textos más importantes sobre la democracia y la cultura aparecidos en los últimos diez años.

Schifter no acepta que exista un código genético de la democracia presente en el ADN de unas culturas y ausente en otras. Nos dice: “La Ilustración parece haber proporcionado, no sólo a Occidente sino a toda la humanidad, un enfoque del gobierno y la sociedad que, simplemente, funciona mejor que cualquiera otra opción”; no obstante, Occidente acarrea una función de liderazgo que debe desempeñar en el drama de la democracia: está “destinado a portar el estandarte de la democracia, el imperio de la ley y los derechos humanos”. Ahora bien, la afirmación más sorprendente sobre el universalismo de la democracia es el famoso ensayo de Francis Fukuyama,² en el que el autor argumenta que la guerra fría desembocó en el triunfo no sólo de Occidente sino también de la *idea* occidental. Para Fukuyama, la victoria total del liberalismo político y económico reside en “el agotamiento absoluto de toda alternativa sistémica viable al liberalismo occidental”. Es célebre su afirmación en el sentido de que el liberalismo es “el punto final de la evolución ideológica de la humanidad”, y de que en la actualidad somos testigos de la “universalización de la democracia liberal occidental en cuanto punto final del gobierno humano”. La tesis de Fukuyama tiene su fundamento en el idealismo de G. W. F. Hegel, destilado a través de la obra de Alexandre Kojève. Hegel postuló la noción de que las contradicciones que dan impulso a la historia existen, ante todo, en el campo de la conciencia humana. Todos los comportamientos humanos en el mundo material –toda la historia humana– están arraigados en un estado de conciencia previo. Hegel creía que la historia culmina en un momento absoluto en el que resulta victoriosa una forma racional y final de la sociedad y el Estado. Kojève identificó el estado homogéneo universal que surge al final de la historia como de naturaleza democrática liberal, porque sólo en la democracia liberal es posible resolver todas las contradicciones previas y satisfacer todas las necesidades humanas. Así, según Fukuyama, el final de la guerra fría implicó el final de la

² Fukuyama, Francis, “The End of History?”, *The National Interest*, verano de 1989, pp. 3-18. Véase también Fukuyama, Francis, *The End of History and the Last Man*, Nueva York, The Free Press, 1992.

Historia, porque no quedó ya en pie ninguna otra ideología política que desafiara a la democracia liberal occidental.

Aunque no generaliza tanto sus juicios como Fukuyama, Amartya Sen, en el artículo que escribe para este número, argumenta no obstante que la democracia es un “valor universal”. Hace notar que “la idea de la democracia como compromiso universal es bastante nueva y, en esencia, un producto del siglo xx”. No duda en calificar a la democracia como el logro humano más importante de ese siglo: “en el futuro, cuando se vuelva la vista atrás y se detenga en el siglo xx, será difícil que no se le conceda la primacía a la democracia como la única forma de gobierno aceptable”. Reconoce que “la aspiración de universalidad de la democracia debe enfrentar desafíos, que adoptan múltiples formas y que proceden de las más variadas direcciones”. En otras palabras, hoy en día la democracia es la “norma universal” en todo el planeta.

Para Sen, el valor universal de la democracia “incluye su importancia intrínseca para la vida humana, su papel instrumental como generadora de incentivos políticos y su función constructiva en la formación de valores”. Para los estudiosos que celebran la naturaleza universal de la democracia, ésta es una ideología y un sistema de gobierno que de manera muy literal impide hambrunas y guerras. De hecho, una de las contribuciones más memorables e importantes de Sen a las ciencias sociales ha sido subrayar el hecho de que “en la terrible historia de hambrunas sufridas por el mundo, nunca se ha producido un periodo de hambruna realmente importante en un país democrático e independiente con una prensa relativamente libre”. Aun como parte de su vasta e impresionante obra, que fue reconocida con toda razón con el premio Nobel, destaca la percepción de Sen sobre la relación inversa entre la política irrestricta y el hambre de las masas.

Tal vez una de las recomendaciones de cautela más fuertes con respecto al universalismo de la democracia sea la de Fareed Zakaria,³ quien advierte que “dos rasgos de la democracia liberal, entrettejidos en la estructura política de Occidente, están divergiendo en el resto del mundo: la democracia está flore-

³ Zakaria, Fareed, “The Rise of Illiberal Democracy”, *Foreign Affairs* 76/3, noviembre-diciembre de 1997, pp. 22-43.

ciendo, pero no así el liberalismo constitucional”. En su opinión, el problema hoy en día no es la falta de democracia, que ahora forma “parte del atuendo de moda de la modernidad”, sino la falta de liberalismo constitucional. Con esto último “se refiere a la tradición, muy arraigada en la historia de Occidente, que busca proteger la autonomía y la dignidad del individuo en contra de la coacción, sea cual fuere su fuente: el estado, la iglesia o la sociedad”. El “modelo occidental –escribe– lo simboliza mejor, no el plebiscito de las masas, sino el juez imparcial”.

Zakaria argumenta que el “liberalismo constitucional ha llevado a la democracia, pero la democracia no parece generar el liberalismo constitucional”. El reto, entonces, consiste en “hacer que la democracia sea segura para el mundo”, fomentando el constitucionalismo liberal. Curiosamente, este último tema nos recuerda el análisis de Peter L. Berger sobre el nexo entre el capitalismo y la democracia. Berger afirma que la “democracia no es el régimen más adecuado para el nacimiento y desarrollo temprano del capitalismo, aunque *sí es* el régimen que más probablemente surgirá después de un periodo de desarrollo capitalista exitoso”; sin embargo, Amartya Sen no ve “una relación definida entre crecimiento económico y democracia en *ninguna* de las dos direcciones”.

Pero nos estamos desviando de nuestra discusión sobre la cultura y la democracia. La segunda perspectiva sobre el nexo entre los dos conceptos es que la democracia *está* sujeta a presiones culturales. En sus textos más recientes, Fukuyama se aleja del Estado democrático, liberal, homogéneo y universal al final de la Historia y descubre la cultura.⁴ Hace la observación de que “las dificultades reales que afectan la calidad de la vida en las democracias modernas tienen que ver con patologías sociales y culturales... La cuestión principal se está convirtiendo rápidamente en una cuestión de cultura”. Lo importante no es que la democracia dependa de la cultura, sino que *todas* las culturas, occidentales o no, contienen en sí mismas, en mayor o menor grado, tanto las semillas de la democracia como las de la antidemocracia. La especificidad cultural no disminuye la naturaleza universal de la idea democrática. Amartya Sen nos comunica con una gran fuerza esta idea cuando hace la siguiente observación:

⁴ Fukuyama, Francis, “The Primacy of Culture”, *Journal of Democracy* 6/1, enero de 1995, pp. 7-14.

“Es fácil encontrar escritos de tono autoritario dentro de las tradiciones asiáticas. Pero tampoco es difícil encontrarlos en los clásicos occidentales...”; y agrega: “la heterogeneidad de valores parece caracterizar a casi todas, si no a todas, las culturas”. Aun Samuel P. Huntington, quien, como veremos, expresa dudas respecto del potencial democrático de algunas culturas no occidentales, admite que “las grandes tradiciones culturales... constituyen conjuntos muy complejos de ideas, creencias, doctrinas, supuestos y patrones de comportamiento... Toda cultura importante... posee ciertos elementos que son compatibles con la democracia [y otros] que son claramente indemocráticos”.

Aunque algunos especialistas sostienen que la cultura es un factor determinante de la consolidación democrática, insisten, no obstante, en que las culturas no occidentales pueden ser campos de cultivo extremadamente fértiles para la democracia. La caracterización que hace en su artículo para este volumen el eminente erudito tibetano Dawa Norbu sobre el pueblo indio, como “democrático durante siglos y demócrata durante los últimos cincuenta años”, es un ejemplo en el que se debe hacer énfasis. Norbu argumenta que “la inmensa mayoría de los indios están hechos justo desde el principio para un modo de vida democrático”, puesto que pertenecen a una “cultura inclinada a la democracia” en la que “hay poco espacio para el dogmatismo, el autoritarismo o el monopolio”. En opinión de Norbu, la “orientación politeísta” del hinduismo ha dado a los hindúes “una mirada liberal sobre la vida pública, abierta a opciones y libertades que son congruentes con la democracia”. Así, “la democracia evoca la fibra de la simpatía en la cultura hindú popular y en las estructuras políticas premodernas de la India”. Los indios, en palabras de Norbu, son “demócratas por naturaleza”.

La otra cultura no occidental cuyo potencial democrático analiza Huntington es el islam. Reconoce que este último “contiene elementos que pueden ser tanto congénitos como no congénitos a la democracia”. El igualitarismo y el voluntarismo van de la mano con el rechazo de toda distinción entre la comunidad religiosa y la política; sin embargo, “cualquiera que sea en teoría la compatibilidad del islam con la democracia, en la práctica nunca han caminado juntas”. El agudo análisis sobre los cambios políticos ocurridos en el Magreb que Rémy Leveau presenta en este número nos hace ver lo anterior con gran

claridad: en esa parte del mundo araboislámico, la democracia no parece ser más que una opción hipotética que podría surgir en algún momento en el futuro; sin embargo, Huntington admite que es posible que se hayan exagerado “los fuertes obstáculos culturales a la democratización” existentes en las sociedades confuciana e islámica. Hace notar que muchos de los mismos argumentos culturales fueron esgrimidos alguna vez en contra del potencial democrático del catolicismo; además, “históricamente, las culturas son dinámicas, no están paralizadas”. En otras palabras, la transformación generacional es siempre una posibilidad, como lo es la renovación de la tradición o la importación de ideas extranjeras.

Finalmente, tenemos a un erudito como Ashis Nandy, cuyo artículo para el presente volumen revela una aguda conciencia sobre el hecho de que, “en las sociedades antiguas como la China y la India, que tienen tradiciones culturales con capacidad de recuperación, hay cierta ambivalencia hacia la política democrática. Aunque esta última se nutre de las tradiciones, también se espera que las altere y las ponga al día para el mundo contemporáneo”. Nos aclara que, en un país como la India, la política democrática “se ha liberado en la región de sus vínculos europeos con la modernidad, el capitalismo y aun la Ilustración, para convertirse en la corte de apelaciones suprema en contra de las formas de injusticia e indignidad que en nuestros tiempos vienen en paquete tanto como valores culturales añejos cuanto como nuevas teorías seculares de emancipación”. Lo anterior, expresado de una manera un tanto diferente, quiere decir que la democracia india no sólo es democrática sino también *india*. Para Nandy, entonces, la cuestión no reside tanto en que las culturas no occidentales no sean adecuadas para la democracia, sino en la manera como esas culturas utilizan y transforman la democracia.

¿Será la democracia “la espléndida luz” de nuestros tiempos, no sólo en la zona privilegiada de paz, poder y prosperidad, sino también en las regiones y culturas que históricamente han sido privadas de poder y marginadas por grandes fuerzas y acontecimientos específicos? Ofrecemos al lector de *istor* este número y le pedimos que zanje la cuestión él mismo. ❧